

Urbanización y proceso de democratización en Argelia*

Djilali Sari

Universidad de Argel

La ciudad es un libro que sus habitantes —antiguos o modernos— deberían poder comprender al andar y leer por su apariencia. Por esto mismo todos los que están encargados de la gestión o remodelación de un tejido urbano deberían velar constantemente por preservar la legibilidad y el significado de la escritura que ese espacio constituye. Esta tarea no ha sido realizada en Argel, como afirma el atento observador Djafar Leshar.

De hecho, esta labor primordial concierne a la casi totalidad de las ciudades por el legado arquitectónico que representan, no sólo a las viejas medinas, sino también a aquéllas que pertenecen al periodo colonial. Todas ellas suponen, por su autoría, «la expresión de tres escrituras (argelina, turca y francesa) que se han sucedido tanto como se han yuxtapuesto, que se excluyen en algunos lugares y se complementan en otros...». Esta recomendación que acabamos de formular se dirige por supuesto a los urbanistas, pero sobre todo a los primeros interesados, los habitantes de las ciudades, especialmente porque

estos últimos parecen manifestar poco interés por tales asuntos.

Semejante situación debe interpelar a todos los que hoy son habitantes de esas ciudades, y por lo tanto responsables de ellas, así como a los diferentes poderes públicos a todos los niveles. En definitiva, ¿debemos ceder a las presiones provocadas por la explosión urbana en la línea de generar una serie torticera de improvisaciones? Del mismo modo, ¿debemos idealizar las grandes acumulaciones ciudadanas que degeneran pronto en un aglomerado de unidades anónimas y sin alma, en simples ciudades dormitorio? ¿Son, tanto la primera como la segunda vía, propias de una ciudadanía responsable, comprometida con una indispensable democratización?

Precisamente es con el fin de poder resolver estos problemas de importancia por lo que nos proponemos examinar los dos puntos siguientes:

- una urbanización sin ciudadanía
- una democratización en el silencio y el dolor

Una urbanización sin ciudadanía

Incontestablemente la finalidad de toda urbanización perdurable es ser la expresión de una ciudadanía activa y responsable, condición *sine qua non* de la emergencia de una real y efectiva democratización de la vida socioeconómica, cultural y política, así como de la renovación de las fuerzas creadoras en tanto que fundamento de toda nación en busca de la paz y la justicia social.

Es difícil rendir cuentas de la amplitud y dimensiones de la urbanización llevada a cabo en los últimos tres decenios y de todas sus implicaciones. Limitémonos a los hechos comprobados exclusivamente.

Es 1962 la fecha de la primera ruptura entre urbanización y ciudadanía. Esta fecha estuvo marcada por dos hechos mayores que constituyen un grave precedente: la salida masiva de una comunidad europea esencialmente urbana y su reemplazamiento por una población mayoritariamente rural sin tradición ciudadana. Esto

* Ponencia presentada en el III Seminario Internacional sobre *La ciudad, elemento de identidad y factor de desarrollo del Mediterráneo*, que tuvo lugar en Xàtiva (Valencia), en 1999, y editada en las Actas por D. Antonio Colomer (Coord.). Traducción: *Acontecimiento*.

ha provocado una progresiva ruralización de las ciudades. Además, la integración de la población al nuevo modo de vida se ha revelado muy difícil a corto y largo plazo a causa de la naturaleza, amplitud y rapidez de los fenómenos sobrevenidos prácticamente sin interrupción.

En efecto, «bruscamente», en el espacio de dos decenios a partir de la primera revolución, se da un sobrepasamiento de la generación del baby-boom de después de la guerra de la independencia (1954-62) respecto de las demás generaciones argelinas. Esta generación se ha caracterizado por emigrar del ámbito rural del país a las ciudades. Como simultáneamente la vieja población urbana desapareció a causa de su carácter europeo y el acontecimiento de la independencia, la tradición urbana se ha degradado progresivamente. Las viejas familias urbanas han sido substituidas por una joven población rural carente de cualquier cultura ciudadana.

La explosión demográfica y su corolario el rejuvenecimiento, así como el éxodo ininterrumpido y la desradicación ocurrida en el breve periodo de industrialización y equipamiento de infraestructuras, están en el origen de la transformación de la herencia urbana. Ocurre que se ha pasado de 169 núcleos poblacionales de más de 5000 habitantes, a 398 en el periodo de 1966 a 1987; es decir, 229 nuevos núcleos pero con prácticamente el triple de la población. En consecuencia se ha dado una urbanización masiva, acelerada y continuamente rejuvenecida. ¿Pueden estar estas avenidas en el origen de una difícil adaptación a la vida ciudadana?

Una urbanización sin antecedentes ni raíces

Calificar, semejante urbanización, de tremenda improvisación queda

justificado cuando vemos la masificación de las localidades y el hecho de que la mayor parte de ellas hayan sido bautizadas con el nombre de su localización, o la carencia de cualquier preocupación por una integración duradera, o por otras de orden funcional, estético o medioambiental.

En efecto, los resultados de la precipitación y la consiguiente violación de normas urbanísticas ha privado a las ciudades de infraestructuras vitales. La urbanización no ha sido más que una mera generación de ciudades mediante la creación y anexamiento de nuevos barrios a las ya existentes, si



Evolución de la población urbana (1966-87)

Fecha	Población Mill / Hab	ev. 1966-77 %	ev. 1966-87 %	Tasa de Urb %
1966	3,783			31,4
1977	6,668	76	202	40
1987	11,444	62	49,6	

Fuente: Armature urbaine, Alger, ONS (Office Nationale des Statistiques, 1987)

excluimos las tentativas de los años 70 y principios de los 80 con la creación de zonas industriales, turísticas y ciertas ciudades administrativas. El resto de los proyectos de ciudades nuevas de aquel momento jamás fueron puestos en práctica. Muy al contrario, la urbanización masiva y acelerada se ha visto acompañada por la creación de ciudades dormitorio superpobladas y sin unas mínimas infraestructuras, enfrentadas continuamente a complejos problemas por la ausencia de mantenimiento, por la pasividad de los poderes públicos y también por la indiferencia total de «los implicados». De esta forma se construye la ciudad nueva al tiempo que las viejas medinas, los últimos vestigios de nuestro patrimonio urbanístico, acaban en ruinas al no ser rehabilitados. Con ellas son enterradas las raíces y los referentes que permitirían dotar de sentido a la actual política urbanística.

Además, toda urbanización sin arquitectura corre el riesgo de caer en las arbitrariedades propias de la era del pensamiento único. Desde su inicio, la urbanización que aquí analizamos se ha enfrentado no sólo a la falta de antecedentes culturales, sino también a la ausencia de referentes identitarios y universalistas. Tal vez el neourbanismo de los «nuevos habitantes» deba recurrir a la simbólica inscrita en los signos y los rastros aún vivos que apelan a la historia, a la cultura, a la soberanía nacional, como lugares y vías de expresión y razonamiento.

Durante los tres decenios que ha durado el ya mencionado desbordamiento poblacional, los reajados han sido poco estimulados intelectualmente y fuertemente marcados por la instrumentalización de la historia y la religión. Han estado influidos negativamente por la imposición de un exclusivismo lingüístico, una ideología de importación, un vacío

artístico, que ha sido fomentado por la alienación de los medios de comunicación y la existencia de un único canal de televisión.

En todas estas manifestaciones encontramos el origen mismo de la exclusión y la marginalización, y, en definitiva, de las revueltas crecientes desde los años ochenta, así como de la explosión violenta de los últimos años. No obstante se han dado también fenómenos positivos esencialmente atribuibles a la democratización de la enseñanza. Pero sobre todo debe decirse que, sólo cuando la exacerbación de las fuerzas antagonistas se ha hecho dramáticamente evidente, se ha prestado atención a la valores positivos y a las potencialidades de una democratización real

Una democratización en el silencio y el dolor

En tal clima de abandono, ante la persistencia de la violencia y el progresivo deterioro que ella causa, se hace especialmente necesaria la resistencia de unas fuerzas vivas capaces de promover mediante la lucha y la ruptura con el orden presente, un nuevo orden de progreso y justicia que involucre tanto a las mujeres como a los hombres

Aunque pueden pasar desapercibidas, observadas tanto desde el interior como desde el exterior de las fronteras nacionales, estas fuerzas son reales y están operando cotidianamente revestidas de muy diversas formas. Se trata de todas aquellas que se oponen a las fuerzas conservadoras, particularmente a aquellas que se identifican por sostener y haber sostenido abiertamente al sistema desde 1988 y haberlo hecho sobrevivir por medio de un multipartidismo corrupto. ¿Cuáles son estas fuerzas de progreso?

Son todas las fuerzas que luchan diariamente en el silencio, en el

dolor y la sangre por acabar con la violencia y las matanzas. Se les puede identificar porque su ideal lo constituye la libertad de pensamiento, de opinión, de expresión, de creatividad, ese ideal tan enérgicamente defendido por educadores, periodistas, hombres y mujeres de las letras y las ciencias... Todos ellos y todas ellas personifican y simbolizan el cambio, el progreso, la innovación y la creación. En las presentes condiciones no se puede imaginar hasta qué punto los sacrificios que están asumiendo son ilimitados. Como muestra de ello basta observar cómo el sector de la enseñanza, a todos los niveles, posee el registro más elevado de víctimas de ambos sexos, tanto entre los profesores como entre los alumnos.

Como contraste conviene referir algunas representaciones significativas sobre lo concernido anteriormente. Así debemos decir que el aumento del número de adolescentes y chicas jóvenes matriculadas en la enseñanza superior ha coincidido con un incremento en la tasa de éxito escolar, tasa que, por cierto, desde el paroxismo de la violencia en 1995, se ha estancado. Con los años se ha incrementado la toma de conciencia social sobre el valor de la educación de las mujeres. En 1995 se alcanzó la meritoria cifra del 42% de matrículas femeninas frente al 35,7 de 1989. Además, un dato que expresa la superioridad femenina es que hoy de cinco estudiantes universitarios cuatro son mujeres, frente a dos de cinco en el 92-93 y sólo una en el 89-90. En la actualidad la mujer interviene muy relevantemente en los sectores clave de la vida socioeconómica: la enseñanza y la sanidad pública.

En lo que se refiere a la sanidad pública la paridad era en 1993 de un 58% para los farmacéuticos, de un 62% para los cirujanos dentistas, mientras en los centros hospitalarios se dan tasas de entre el

78% y el 87%. Hay que tener en cuenta que estos valores se refieren a zonas urbanas bajo la influencia de las universidades regionales, lo que evidencia que estos porcentajes variarán mucho en otras zonas del país sin esta cobertura.

Emergencia de la sociedad civil

A pesar del largo reinado del partido único y de sus secuelas duraderas, la sociedad civil nunca ha abdicado de reconstruir su poder de una forma u otra. Actualmente se esfuerza en responder a numerosas necesidades, sobre todo las que se derivan de la aplicación del Plan de ajuste estructural (P.A.S.) en el área socioeconómica.

A través del movimiento asociativo se están paliando las insuficiencias de los poderes públicos en materia sanitaria, recursos educativos, asistencia a los más pobres, obras de carácter social, atención a personas mayores, etc. Su trabajo más interesante se ha dirigido a las víctimas del terrorismo recabando fondos de organizaciones extranjeras.

Paralelamente al desarrollo manifiesto del movimiento asociativo conviene resaltar la presencia de otras fuerzas. Se trata de aquellas que provienen de un sector que juega un papel muy determinante en la opinión pública, aquél que ha estado hasta fechas recientes sometido a los intereses de los órganos públicos oficiales. Enfrentadas al dolor y la sangre desde la explosión de octubre de 1988 —una explosión eminentemente juvenil— la prensa independiente resiste con energía y afronta todos los obstácu-

los que se le presentan en una marcha imparable. Animada por un personal compuesto mayoritariamente por elementos pertenecientes a sectores de edad joven y, en gran medida, femeninos, la prensa está rompiendo los tabúes, y aborda sin contemplaciones ni condescendencias los problemas cruciales de la actualidad, cosa que nunca antes se había hecho de ninguna forma. En definitiva, su papel es primordial en la fase determinante de la construcción del multipartidismo, un logro que se muestra aún precario dado el aislamiento y el pobre eco que tienen los sectores democráticos de oposición.

Conclusión

Es ésta una presentación esquemática de la urbanización que ha provocado desde hace tiempo el surgimiento de una clase política activa, responsable y capaz de equilibrar déficits milenarios. Ella ha sido testigo de las improvisaciones y de la masificación que han convertido a los asentamientos poblacionales en «ciudades dormitorio», anónimas, y desprovistas de unas mínimas infraestructuras frente a la ostentación de los barrios privilegiados. Sin embargo, un giro decisivo de esperanza es preciso cada vez más. Se trata de que la sociedad argelina aproveche las potencialidades de su rejuvenecimiento constante y de su enraizamiento profundo en el seno de las culturas mediterráneas, cuya esencia siempre ha sido universalista. Es de temer que se dé la exacerbación de fuerzas antagónicas, e incluso estallidos de violencia sin parangón. Pero, ¿no es éste el precio elevado en demasía que han pagado todas las fuerzas de progre-

so durante estos últimos años? En tales condiciones, ¿no es éste el camino obligado para el surgimiento y el reforzamiento de las fuerzas democráticas?

Referencias bibliográficas

- Addi (1994), *L'Algérie et la démocratie*, Paris, La Découverte.
- Bannoune, M. (1998), *Esquisse d'une anthropologie politique de l'Algérie*, ed. Marinoor, 245 p.
- Boukbohza, M. (1994), *Etat de crise et crise de l'état*, Alger, Ed Watan, 29 septembre.
- Icheboudène, L. (1998), *L'intégration citadine. A propos de la difficulté d'être algérois*, Alger, ed. Kasbah, n° 1, p. 5-24.
- Lacheraf, M. (1998), *Des noms et des lieux. Mémoires d'une Algérie oubliée*, Alger, ed. Kasbah, 332 p.
- Lesbet, Dj. (1998), *La Casbah. Une cité en reste*, Alger, ed. Kasbah, n° 1, p 75-102.
- Mahmoudi, A. (1999), *La classe politique et la démocratisation de façade*, El Watan, 4 et 6 février.
- Prenant, A (1980), *Mutation en cours des modes de croissance urbaine en Algérie*, Herodote, Paris.
- Prenant, A. et Semmoud, B. (1978), *Les nouvelles périphéries urbaines en Algérie. Une rupture avec les oppositions traditionnelles centre-périphérie*, in Urbanisation au Maghreb, Paris, fasc. 3, p. 25-65.
- Prenant, A. (1997), *L'invention su sens des migrations dans l'agglomération algéroise*, Cahiers du GREMANO, Paris, p. 5-22.
- Sari, Dj. (1979), *Tendances générales de l'évolution de la population agglomérée en Algérie*, Revue l'Afrique et l'Asie modernes, n° 120, p. 2-70.
- Sari, Dj. (1993), *Deux décennies d'urbanisation en Algérie sans précédent*, in Croissance démographique et urbanisation, Paris, PUF-UREF, n° 4, p. 286-297.